

## ORACIÓN

Queremos, Señor Jesús, escucharte en tu Palabra.

Y escuchándola, sintonizar con tu corazón de Hijo confiado en el Padre del cielo, aprender a orar Contigo, a esperar con paciencia activa, a amar y a perdonar sin cansarnos.

Saber una y otra vez cuánto te importa cada hombre y cada mujer, cuánto te interesa nuestra propia paz y felicidad.

Enséñanos, Jesús, Señor y Hermano nuestro, a conocerte a través de tu evangelio. ASI SEA.

## TEXTO

### LUCAS 1,39-56

«<sup>39</sup>En aquellos días, habiéndose levantado **María** se fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. <sup>40</sup>Y entró en la casa de **Zacarías** y saludó a **Isabel**.

<sup>41</sup>Y ocurrió que, cuando **Isabel** escuchó el saludo de **María**, el niño saltó en su seno e **Isabel** fue llenada de **Espíritu santo**. <sup>42</sup>Y elevó la voz en voz alta y dijo: “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! <sup>43</sup>Y ¿de dónde que me [pase] esto, que venga *la madre de mi Señor* hasta mí? <sup>44</sup>Porque he aquí que, cuando la voz de tu saludo resonó en mis oídos, el niño saltó de alegría en mis entrañas. <sup>45</sup>Y ¡dichosa la que ha creído que lo que se le dijo de parte del **Señor** se cumplirá!”.

<sup>46</sup>Y dijo **María**: “Engrandece mi alma al **Señor** <sup>47</sup>y mi espíritu se regocija por causa de **Dios, mi Salvador**; <sup>48</sup>porque puso su mirada en *la humildad* de su esclava; porque he aquí que, desde ahora, todas las generaciones me dirán dichosa, <sup>49</sup>porque **el Poderoso** me hizo cosas grandes y santo es su Nombre, <sup>50</sup>y su misericordia [se extiende] de generación en generación sobre los que le temen.

<sup>51</sup>Hizo proezas con su brazo; dispersó a los de pensamiento y corazón orgullosos; <sup>52</sup>derribó a poderosos de [sus] tronos y elevó a *los humildes*; <sup>53</sup>a los hambrientos colmó de bienes y a los ricos despidió vacíos. <sup>54</sup>Vino en ayuda de Israel su hijo/siervo recordando [su] misericordia, <sup>55</sup>como había dicho a nuestros padres, para con Abrahán y su descendencia para siempre”.

<sup>56</sup>Pero **María** se quedó con ella como tres meses; y se volvió a su casa».

## COMENTARIO

- Mediante la visitación, Lucas enlaza la tradición de Juan Bautista con la de Jesús. En la perícopa precedente, la gestación de Isabel se le da como signo a María. La visitación es muy importante para Lucas; el reconocimiento mutuo de su *maternidad* confiere a las dos mujeres una dignidad mayor. Con el movimiento de Juan en el seno de su madre, por el que comienza a realizar ya su obra de profeta y de precursor, la atención se dirige hacia María. Jesús está en el centro de la escena, en la que Isabel hace de María y de Jesús el objeto de su alabanza, mientras que *el Magnificat* no dice una sola palabra de Isabel o de Juan. El relato está en función de los dos discursos de las mujeres. El uno y el otro, siguiendo el lenguaje de la oración de Israel, expresan *la esperanza firme* de las dos madres y exaltan el cumplimiento del signo.

- *El Magnificat*, la oración de María, es un himno, una alabanza individual, y comienza con una descripción del acto mismo de alabanza (vv. 46-47). Como en todo himno, el tema principal es la alabanza de Dios. Dios es el sujeto de casi todos los verbos. Están en pasado, ya que el himno está consagrado a describir las palabras y los hechos de Dios en su creación y a lo largo de la historia. La persona en favor de la cual Dios ha hecho cosas grandes (la primera persona del singular) se amplía, se generaliza, se convierte en el colectivo «los que le temen» (v. 50), que son probablemente los humildes, los hambrientos, el mismo Israel. El autor conoce sin duda el himno de Ana en el nacimiento de Samuel (1Sm 2,1-10) y se sirve de él. Pero no se inspira solamente en esta fuente; al contrario, escribe un poema como si se tratara de un mosaico de diversos elementos prestados. Cada una de las palabras tiene su paralelo en el AT. El modelo de todos los cánticos de alabanza de Israel sigue siendo el himno del Exodo (Ex 15), cantado después del paso del mar Rojo por un coro de hombres y luego por las mujeres bajo la dirección de María. Varios criterios sugieren una composición del himno en dos partes (vv. 46b-50 y vv. 51-55), de tres estrofas cada una.
  
- Vv. 39-40: María se pone en camino, sola. «Habiéndose levantado» es una expresión de la LXX que Lucas usa a menudo. Designa la preparación o el comienzo de una acción; «irse» tiene en el evangelio de Lucas una significación teológica: Jesús, o en este caso María, recorre el país según la voluntad y el plan de Dios; «De prisa» o «con celo» subraya de un modo narrativo la obediencia de María, así como la armonía entre su fe y el designio de Dios. Los hombres y las mujeres de la Biblia «se ponen en marcha» apenas se hace sentir la acción de Dios. Lucas no pierde el tiempo en describirnos este viaje de varios días. Todo se centra en la llegada.  
María llega a su destino y saluda a Isabel. Hay *muchos saludos* en estos capítulos (vv. 28-29 y aquí vv. 40-41.44) porque hay *muchos encuentros*. Y hay muchos encuentros porque *Dios interviene e inaugura la salvación a través de las relaciones humanas*. El saludo se convierte aquí en signo de amor y en comienzo de una vida nueva. El saludo no se limita a desear el bienestar del otro, sino que lo procura. Lucas no refiere las palabras de María, porque aquí se interesa por la reacción de Isabel.
  
- Vv. 41-45: El niño da saltos de gozo en el vientre de su madre (vv. 41.44), gesto que adquiere un valor de signo. Dios se sirve no solo de las palabras, sino también del lenguaje corporal. La antigüedad sacaba predicciones para el porvenir de los signos milagrosos realizados por los recién nacidos. También en Gn 25,22-28 Esaú y Jacob luchan ya en el seno de su madre, prefigurando de este modo su futuro combate. Así pues, el Bautista ejerce desde el seno de su madre su función de profeta y de precursor.  
Después de este signo, Isabel se llena del Espíritu Santo y pronuncia una profecía. La exclamación gozosa de Isabel en el v. 42b hace vislumbrar la aurora de la salvación, lo mismo que el movimiento del niño en su seno. «Bendita» y «bendito» son pasivos divinos. «Entre las mujeres» es un semitismo y equivale a un superlativo: «la más bendita de todas las mujeres». La bendición de Dios y su elección forman una sola cosa: el Señor bendice aquí a unos seres *nuevos*, olvidados hasta ahora, marginados en Israel y extraños al sacerdocio. Según la concepción antigua, es el hijo el que confiere su dignidad a una mujer: la bendición por tanto tiene su fuente y su finalidad en el fruto de María. La bendición divina es ante todo palabra («decir bien», «bendecir»), pero en cuanto palabra de Dios es también poder de Dios. El evangelio se abre con la bendición concedida a María y a Jesús y se cierra con la de los discípulos, pronunciada por el Resucitado (24,50).  
La pregunta de Isabel en el v. 43 es de hecho una exclamación que muestra la diferencia de rango entre Juan y Jesús: «mi Señor». El v. 44 es una repetición del 41. La madre profetisa no es más que una mujer asombrada, que no comprende bien lo que está pasando. Pero en el v. 45 vuelve a surgir la inspiración en una hermosa bienaventuranza. De esta manera, el discurso de Isabel se desarrolla en tres fases: la de en medio (vv. 43-44) evoca el encuentro de las dos madres; la primera (v. 42), el designio de Dios; y la tercera (v. 45), la fe de María. Lucas, que había estigmatizado la incredulidad de Zacarías (1,20), repite por medio de la bienaventuranza la actitud plena de fe de María del v. 38.

- Vv. 46-50: María reacciona de forma autónoma en el v. 46. La certeza que le ha dado el signo la sumerge en el júbilo. «Mi alma engrandece al Señor». «Mi alma» es el yo consciente e interior. «El Señor» es el Dios vivo de los padres que manifiesta su fidelidad y su bondad a la generación presente. Reconocer la grandeza de Dios y expresarlo bajo la forma de una plegaria es lo propio de la alabanza. La grandeza de Dios, tal como se la celebra, no es la de un dominador que humilla a sus súbditos, sino la de un Salvador que compromete su poder por la salvación de los seres humanos. «Regocijarse» solo aparece en la Biblia y en el lenguaje eclesiástico. En el NT se emplea al lado de «estar alegre» y de «sentir gusto», «divertirse» y adquiere una tonalidad escatológica. La alabanza en presente (*engrandece*) se alimenta del gozo experimentado en el pasado («mi espíritu se ha llenado de alegría»; en aoristo). «Mi espíritu» sustituye a «mi alma», y designa, en oposición al entendimiento, las facultades afectivas.

El v. 48 pertenece ya al cuerpo del poema. Se le alaba a Dios por su mirada: «poner su mirada sobre» recuerda al v. 35 («vendrá sobre ti» y «te cubrirá con su sombra»). Cuando Dios vuelve su mirada a los seres humanos, es que no los olvida (cf. 1Sm 1,11). Su mirada es juicio o, como aquí, salvación y elección (Lv 26,9). Tanto en los LXX como en el NT, «bajo» (*humilde*) y «la condición de bajo», «el abajamiento» (*humildad*) deben tomarse en el sentido griego, que es un sentido figurado: lo más bajo en la escala social y económica. La *humildad* de María expresa para Lucas tanto la distancia que la separa a ella, la «esclava», de Dios, como su pertenencia a lo más bajo de la escala social en Israel.

El v. 48b indica la esperanza confiada de verse declarada bienaventurada en el futuro. El autor del *Magnificat* saca esta bienaventuranza de la historia de Lía (Gn 30,13) y extiende su alcance a todas las generaciones. En el v. 49a las «cosas grandes» que Dios hace son la liberación y las victorias que obtiene en favor de su pueblo o de alguno de sus elegidos.

Lo mismo que el v. 48b declara bienaventurada a la que recibe los beneficios, los vv. 49b-50 alaban a quien los concede. Las dos frases con «porque» (v. 48a y v. 49a) forman así una secuencia reflexiva sobre las obras de Dios. Detrás de las obras, los vv. 49b-50 reconocen los atributos de Dios: la santidad de su nombre y la eternidad de su misericordia. Las obras de Dios corresponden a su ser mismo y que Dios no se queda confinado dentro de sí. Las dos nociones, «el nombre» y «la misericordia», implican una relación entre Dios y su pueblo. Que Dios salve a su pueblo es una manifestación de su fidelidad a su santo nombre, es decir, a él mismo, a lo que él es. Los que él ha liberado descubren el nombre de su salvador apenas sienten los efectos de su amor. «Sobre los que le temen»: la primera persona del singular da paso a la tercera del plural. «Los que le temen» ensancha la perspectiva, ya que esta expresión designa, además del pueblo judío, a las naciones que habrán de acoger el evangelio (cf. Hch 10,35).

- Vv. 51-55: en el v. 51 comienza la segunda parte de la plegaria. El poeta pasa a una evocación general de las obras de Dios. El v. 51a recoge el pensamiento del v. 49a («ha hecho»), pero en vez de mencionar la acción de Dios, el autor se detiene, como en los vv. 49b-50, en los atributos de Dios añadiendo un tercero, la «fuerza», que hay que ver de forma positiva: la liberación de los creyentes, la otra cara del castigo de los orgullosos. La salvación de unos (v. 51a) corresponde a la derrota de los otros (v. 51b). El modelo de semejante liberación por «la fuerza de su brazo» es la salida de Egipto (cf. Hch 13,17).

Los vv. 52-53 son inseparables: los castigados están en el primer y cuarto verso; los liberados, en el segundo y tercero. El motivo de *la inversión de las situaciones* es conocido en la literatura griega. En ella se le atribuye a Zeus, a los dioses o al destino. Pero nuestro v. 52 tiene más bien una raíz veterotestamentaria, en la que se habla igualmente de la soberanía de Dios sobre ricos y pobres, y de su opción por los pequeños. Semejante inversión se convierte *en programa escatológico*. El v. 52 no habla más que de las condiciones sociales, pero estas circunstancias exteriores son -en la línea del AT- el espejo de la actitud interior. Así pues, el himno evoca los peligros del poder y de la propiedad, sin condenar con ello el mundo de la política y de la economía. *La transformación es querida y realizada por Dios*, porque la injusticia reina entre los hombres. Cuando hace aparecer su soberanía, quebranta los tronos y reclama el dinero de los ricos. Si no lo hiciera, no sería Dios. El nacimiento del niño significa el fin de los privilegios y de las opresiones. No basta con decir que los ricos y los pobres tienen que vivir en

el espíritu evangélico de pobreza, ni que las antiguas categorías de poder han perdido toda significación. Nos encontramos aquí con la sabiduría judía y con la doctrina de la retribución: «el Señor destronó a los poderosos, y en su lugar puso a los mansos» (Eclo 10,14).

Los vv. 54-55 resultan un poco pesados, tras el vuelo de los vv. 52-53. Esto se debe a la regla literaria que quiere que un texto vaya ganando en lentitud y en peso según se acerca a su fin. Después del «yo» y de «los que le temen» aparece por primera vez el nombre de Israel. Lo mismo que la que canta es la sierva del Señor, también Israel es su siervo. Dios «ha venido en ayuda de» su pueblo. Este verbo tiene en los salmos un sentido claramente soteriológico (cf. Sal 117[118],13: «el Señor vino en mi ayuda»). Dios permanece fiel a su misericordia. Esta palabra, con gran carga afectiva, que ya se había utilizado al final de la primera estrofa, vuelve a aparecer al final de la segunda.

- V. 56: María permanece unos tres meses con Isabel. Conviene que esté separada de José un tiempo suficiente para que el nacimiento virginal no ofrezca ninguna duda. Pero no puede tampoco quedarse allí demasiado tiempo, ya que ha de abandonar la escena para dejar sitio al nacimiento de Juan. A diferencia de Isabel, que vive en casa de Zacarías (v. 40), María regresa a su casa (v. 56), lo cual es una precisión teológica en relación con su virginidad.
- El himno no habla explícitamente del Mesías. Con el *Magnificat*, Lucas quiere decir algo sobre Dios. El himno celebra la triple acción de Dios en los planos religioso, sociopolítico y ético. En cuanto Señor y Dios, él es trascendente; pero toma partido por los pobres y a través de Israel dirige su obra a todos los pueblos. Vemos aquí al Dios que reclama la vida de los seres humanos en su totalidad y que pone su poder al servicio de su misericordia. Pero debido a la resistencia humana (cada uno se asienta sobre un trono), es menester, para que su misericordia se haga concreta, que su poder sea también el de un juez: «En este sentido, Dios no puede poner su fuerza al servicio de su misericordia para con los humildes y los débiles sin que esta fuerza entre en conflicto con la de los grandes de este mundo» (J. Dupont).

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?